

El regalo

Ella miró sorprendida por encima de la caja que ocupaba gran parte de la superficie de su mesa de trabajo. Arqueando las cejas, dirigió su atención hacia el joven que aguardaba en silencio.

-¿Estás seguro que es para mí?- insistió una vez más, como buscando una respuesta diferente a las obtenidas hasta el momento.

-Sí señorita- respondió el mensajero. -Las instrucciones son muy precisas, fíjese usted misma- insistió, mientras le acercaba una hoja dibujada con letra desprolija.

La chica se sobresaltó al reconocer los torpes trazos sobre el papel. No cabía dudas que el contenido de esa caja misteriosa le pertenecía. Aún así, decidió mantener un poco más su resistencia mientras leía la misiva que segundos antes le había alcanzado el muchacho.

“ Tercer piso. Saliendo del ascensor, segundo pasillo a la izquierda. Cuarto cubículo; la chica con el cabello ondulado y atado en un rodete, ojos oscuros y la mirada más clara del mundo. Sí es un día caluroso seguramente tendrá un sweater rodeando sus hombros, porque el aire acondicionado no le agrada demasiado.”

Esbozó una tímida sonrisa al leer la exacta descripción e inconscientemente alzó su mano para acomodar un mechón de cabello rebelde que pugnaba por escapar del prolijo tocado que coronaba su cabeza.

Ensimismada en sus pensamientos, tardó unos segundos en percatarse de la presencia del cadete aún de pie al lado de su escritorio.

-Está bien, me lo quedo. Te debo algo?- preguntó en tono tajante.

-No, la entrega ya está paga. Sólo le pido que me firme el recibo-.

La muchacha apuró un garabato sobre el membrete, y mientras lo devolvía presurosa despidió al hombre con un parco agradecimiento.

Una vez en soledad, centró su atención en el misterioso paquete y en la faja de seguridad que por el momento le impedía acceder al contenido del mismo. Luego de unos instantes, logró asir uno de los extremos y con mucho cuidado retiró la cinta adhesiva que sellaba los pliegues de la caja.

Entusiasmada, introdujo sus manos en el interior hasta toparse con una pequeña urna de roble oscuro.

Luego de examinarla entre sus dedos observó las dos pequeñas bisagras y una cerradura casi invisible, disimulada en la opacidad de la madera. Y eso era todo. Ninguna inscripción, ninguna pista que revelara el tesoro que yacía dentro.

La chica volvió su atención hacia la caja de cartón que momentos antes contuviera el pequeño arcón. Esta vez la revisó con mayor detenimiento, hasta descubrir un sobre lacrado sin leyenda alguna.

Exasperada por tanto misterio, rasgó el envoltorio rápidamente y extrajo una hoja plegada en cuya cara posterior llevaba adherida una pequeña llave metálica. En un solo movimiento, la despegó y la introdujo en la cerradura dispuesta a revelar de una vez el dichoso secreto. Pero algo la detuvo. Una sensación, un presentimiento de estar pasando por alto un detalle importante.

Volvió sobre sus pasos y extendiendo la hoja de papel se encontró con el siguiente mensaje:

“Este cofre contiene un regalo para vos. Es mi mayor tesoro, mi más grande anhelo y también; el peor de mis temores. Cuando lo abras, vas a descubrir el propósito que me impulsa a seguir y la razón que me motiva para ser mejor. Es una parte de mi alma, y como tal; es tan vulnerable como yo lo soy.

Te la ofrezco con la seguridad de que queda en buenas manos, y que vas a cuidarla como yo lo hice hasta ahora.

Sólo tengo una condición: que la descubras sólo cuando estés lista. Ni antes, ni después. Confío en que vas a tomar la decisión correcta, sin dejarte llevar por un impulso. En otras palabras, confío en vos.”

Consternada, la muchacha retiró la llave de la cerradura y decidió pensar el asunto con mayor claridad en la tranquilidad de su hogar.

Los días pasaron, y la pequeña arca de madera aún cerrada comenzó a acumular polvo en su superficie.

Una noche, un sueño extraño desveló a la joven. Se incorporó en la cama, entre somnolienta y asustada por la revelación. Por fin entendió que había llegado el momento de revelar el misterio. Estaba lista para asumir la responsabilidad de su contenido, sea lo que fuere.

Tanteó sobre su mesa de luz hasta hallar el cofre, con la llave colocada en su cerradura. Tras un largo suspiro, giró el mecanismo y levantó la pequeña tapa de madera.

Casi por instinto y un tanto sobrecogida por un temor reverencial, cerró los ojos mientras acercaba su cara hacia el interior de la pequeña caja.

Lentamente, sus párpados se despegaron y a medida que la oscuridad se disipaba, pudo observar con nitidez un pequeño espejo que le devolvía la imagen de su asombrado rostro...